



CLAUDIA PIÑEIRO
 La viuda de
Las viudas
de los jueves

Página 3

LIBROS PARA EL VERANO
 Las lecturas
 de la autora
 de *Betibú*

Página 3



CUENTO
 “El perro que
 tuvimos”,
 por Gustavo
 Nielsen

Página 4



li
te
ra
tu
ra

envejecimiento y posteridad



→
SIGUE EN LA PÁGINA 2

LUISA VALENZUELA

La novela *Cuidado con el tigre*, de Luisa Valenzuela, fue escrita en los '60 y quedó sin publicar hasta ahora. La autora sintió la necesidad de reflatarla, una decisión que arroja luz sobre una obra singular, marcada por el tema del poder, el erotismo

y la violencia política. Como si la memoria literaria necesitara de un período de resignificación, Valenzuela retoma un texto perdido, donde ya aparece una matriz política y los signos de un tiempo siniestro que se avecina, una percepción agudizada en toda su escritura.



“Recuerdo que a Rodolfo Walsh le habían gustado mucho mis primeros cuentos de Los heréticos (1967), ahí lo conocí. «Me alegro», le dije, «pero mi ideología no está puesta en estos cuentos». «No», me contestó, «todo lo que escribis es ideológico aunque uno no lo haga a propósito, siempre esto va a aflorar por otro carril»”.

Luisa Valenzuela.

literatura: envejecimiento y posteridad



JUAN MARTINI

VIENE DE TAPA

greso. Si se acepta esto se aceptará inevitablemente que la historia, de ahora en más, se escribirá de otra manera.

John Grisham, el abogado devenido escritor de best sellers de temas jurídicos y alto impacto, autor de *El informe Pelicano* y *El diente* entre otros libros que han vendido más de 250 millones de ejemplares, afirmó en el diario *El País* del 11 de diciembre en ocasión de recibir el Premio Harper Lee de Ficción Legal: “Quiero escribir literatura popular de alta calidad que llegue a mucha gente. No me importa lo que lea la gente dentro de 100 años, ni si entonces leen mis propios libros: la posteridad no significa nada para mí”.

Es probable que Grisham haya entendido mejor que nadie que los modos de leer cambiarán tanto como la realidad y la historia. Y que dentro de un siglo las novelas contemporáneas sean una colección de rarezas que describirán un mundo que ha quedado muy atrás. La distancia entre el siglo XXII y éste será de mucho más de 100 años comparada con la que separa nuestro siglo de los comienzos del XX.

Borges decía que se debía ser cuidadoso con la incorporación de expresiones de la lengua cotidiana y de las jergas porque si no se instalaban envejecían demasiado rápido. Por ejemplo, en *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, una novela de Jorge Asís publica-

da en los primeros años '80 un personaje decía para pedirle la hora a otro: “Tírame las agujas”. La expresión fue olvidada muy pocos años después. Y leer hoy esa novela es encontrarse con una lengua coloquial intrascendente.

Esta y otras supersticiones grabaron en los escritores de mi generación la necesidad de no fechar de más o indebidamente los textos para evitar aquel efecto. Es obvio: pensábamos en la posteridad. Y pensábamos que escribíamos para la posteridad porque sólo en el futuro un texto demostraría su vigencia.

La máquina de escribir, uno de



los inventos que revolucionó la mecánica de la escritura, fue creada en 1868 por Christopher Sholes y el primer modelo comercial lo fabricó la empresa Remington en 1872. En plazos actuales, cuando el último smartphone cae al año siguiente, la máquina de escribir batió un record memorable: gobernó durante algo más de 100 años la escritura en casi todas las actividades hasta que hace 30 años los primeros proce-

sadores de texto lo condenaron al desván primero y al olvido después. Así, toda novela en la que aparezca alguien escribiendo en una máquina será fechada sólo en el siglo XX y considerada del mismo modo que en el siglo XX se consideró que toda novela en la que aparecía alguien escribiendo con pluma de ganso transcurría en el siglo XVIII o antes. Cosas de otra época.

¿Cuál será la gran novela del siglo XXI en la que un personaje sea un adicto a Facebook y a Twitter, no pare describir mails, reciba todo el tiempo sms, no se saque nunca los auriculares del MP3 y los problemas de comunicación se resuelvan en encuentros virtuales?

¿Y esa novela se escribirá en computadoras, en tabletas o en dispositivos todavía desconocidos? ¿Habrá que “teclear” cada letra o se le dictará el texto al dispositivo? Y después: ¿de qué manera circulará, en el bien entendido de que ya no existirán libros en papel?

Es probable que no se pueda sostener que los grandes temas de la literatura seguirán siendo los mismos por mucho progreso y mucha tecnología que ocupen el escenario. Porque habría que atreverse a pensar, por ejemplo, que la soledad de este siglo tiene formas y consecuencias que no tenían ni la soledad del siglo XIX ni la del XX. Lo mismo con el amor, la atracción física, la locura, el incesto o la muerte.

¿Qué nos pasa en estos días,



por ejemplo, con la historia de amor entre Louise de Rênal y Julien Sorel en los primeros tramos de *Rojo y Negro* de Stendhal, ese amor candoroso, tímido, inconfesable que lleva a Sorel a pasarse casi una noche para tomar entre sus manos la mano de Louise y besarla apasionadamente a cuatro pasos del marido de ella y en medio de una oscuridad que debería hacer inverosímil la escena y que sin embargo es la condición de su verosimilitud?

La virtualidad, por ahora, nos deja desnudos ante las más obvias preguntas existenciales y metafísicas.

Deberíamos poder asumir entonces que nuestros libros envejecerán tanto como la infinidad de chirimbolos de última generación que nos acompañan. Y que si la posteridad les asigna un valor, cualquier valor, probablemente será, antes que nada, arqueológico. En todo caso, dada la incertidumbre contemporánea, no estaría del todo mal.



¿La gran novela del siglo XXI se escribirá en computadoras, en tabletas o en dispositivos todavía desconocidos?





LECTURAS DE VERANO

Claudia Piñeiro, en un encuentro en la librería porteña "Eterna Cadencia", recomendó para leer en el verano *El país imaginado*, de Eduardo Berté, historia que transcurre en la China de los años 40 y que retrata la rebelión de una adolescente frente a los mandatos

de la cultura ancestral a la que pertenece (ganadora del premio Emecé 2011). También habló de los libros que ella piensa leer: los ensayos de la italiana Natalia Ginzburg, *Novelas de Santa María*, de Juan Carlos Onetti; *Libertad*, de Jonathan Franzen, y *Todo oscuro sin estrellas*,

de Stephen King. Las novedades de este año como *Kryptonita*, de Leonardo Oyola; *Vos porque no tenés hijos*, de Osvaldo Bazán; *El efecto*, de Noemí de Carolina Guirre, y *Los años que vive un gato*, de Violeta Gorodischer, fueron la selección local de la autora de *Betibú* para su verano.

Ser la viuda de Las viudas de los jueves

CLAUDIA PIÑEIRO

Me pruebo una camisa talle cuarenta y dos, es chica; semi desnuda abro apenas la puerta y busco una vendedora para que me alcance un talle más grande, una mujer que sale de otro probador me mira y me dice: Perdoname, yo te conozco, vos no escribiste *Las viudas de los jueves*?, digo: Sí, intento una sonrisa y trato de meterme otra vez en el probador, la mujer me detiene, me habla de la novela, de quién se la regaló, de cuánto tiempo le llevó leerla, y yo la escucho, en bombacha y corpiño, tratando de taparme lo que puedo con la camisa talle cuarenta y dos.

Faltan pocos días para Navidad, voy con mi hija al cine, pasamos por una librería donde arman un árbol de Navidad aprovechando el color verde de la tapa de *Las viudas de los jueves*, y sobre el pino de libros, en lugar de una estrella dorada, una foto mía; nos quedamos paralizadas, nos damos media vuelta y huimos. Alguien me dice que conoce al Tano Scaglia, el protagonista de *Las Viudas...*, me asegura que vive en Luján. ¿Tus vecinos se enojaron?: contesto: No, pero no me creen. Una compañera de secundaria a la que no veo hace veintisiete años me llama para felicitarme, no dice: Te felicito porque escribiste un libro, no dice: Te felicito porque ganaste un premio, dice: Te felicito, saliste en la televisión. Mi sobrino va a un jardín de infantes, sala de cinco, están hablando de libros, escriben libros, pintan libros, mi sobrino le dice a la maestra que su tía es escritora, le pregunta si puede invitarme a hablar con sus compañeros, la maestra le dice que sí, voy, me presento, contesto las preguntas de niños entre

tres y cinco años, las maestras cordiales les ayudan a hablar cada uno a su turno, a levantar la mano, a no repetir la misma pregunta, a pedir por favor y decir gracias, hasta que un niño de unos cinco años me pregunta: ¿Con cuál de todos los libros que escribiste ganaste más plata?, me quedo impactada por lo temprano que le llega esa pregunta, le digo que con *Las viudas de los jueves*, apenas nombro esa novela todas las maestras me clavan la mirada, una se atreve y pregunta: ¿Vos escribiste *Las viudas de los jueves*?, se olvidan de los niños, se alborotan, la directora va a su biblioteca y trae un ejemplar para que se lo firme. Parece que el Tano Scaglia ahora vive en Escobar, me lo asegura alguien que dice que jugó al golf con él. Un periodista me pregunta: ¿Se enojaron tus vecinos?,

“
¿Por qué siempre hay un muerto en sus novelas?”

”
digo: No, insiste: ¿Seguro no se enojaron?, respondo: Que yo sepa no, insiste otra vez: ¿Pero nadie se enojó?, me canso y cedo: Bueno, alguno se habrá enojado, y él o su jefe titulan, “Algunos vecinos se enojaron conmigo”. Suena el teléfono a las siete de la mañana, mataron a una mujer en un country de Córdoba, me preguntan qué opino, ¿zopino?, no entiendo de qué me hablan, hace un minuto dormía y ahora me cuentan que mataron a alguien. Viajo a España a presentar *Las viudas de los jueves*, me invitan a dar

una charla en un pueblo perdido en el camino de montaña que se supone hizo el Mío Cid, me espera el intendente y en el salón de actos hay como cien personas cada una con su libro, me escuchan hablar de la década del 90 en la Argentina, me escuchan hablar de los barrios cerrados y los countries, les explico qué es un country, cada uno me trae su ejemplar para que se lo firme, me pregunto si está bien lo que estoy haciendo, si esa gente no haría mejor leyendo otra cosa, me invitan a cenar, me agasajan, me siento que estoy tomando algo que no es mío, ellos están contentos, me agradecen, dejo que me abracen inmerecidamente. ¿Tus vecinos se enojaron? Un amigo vuelve de Dallas en avión, junto a él viaja un señor que lee *Las viudas de los jueves*, mi amigo le cuenta que me conoce, el vecino de asiento le contesta: A ella no la conozco, al que conozco es al Tano Scaglia. Mi hijo de trece años me pregunta: ¿Es cierto que en tu novela un hombre tiene sexo con un perro? No dice “tiene sexo”, dice otra palabra, la que usan los pibes de su edad, me cuesta escribirla. Trago saliva, años de psicoanálisis me impiden escaparle al tema, le explico que no están así, que hay un hombre que se masturba frente a una computadora y aparece un perro, que hay ciertas cosas sugeridas pero que en ningún momento la novela, o su autor, o sea yo, o sea su mamá, dice exactamente que el hombre tuvo sexo con el perro, digo “tuvo sexo” en lugar de la palabra que mi hijo usa y me suena raro, a él también le suena raro, le pregunto cómo sabe lo del perro si no leyó la novela, me dice que se lo contó Laurita. Su compañera de colegio pienso en Laurita, y en la madre de las amigas de Laurita que también son amigas de mis hijos, pienso si alguien me preguntará alguna vez: ¿es autobiográfico?, le pre-



PIÑEIRO. EN 2005 GANÓ EL PREMIO CLARÍN POR LAS VIUDAS DE LOS JUEVES.

gunto a mi hijo si a Laurita le molestó leer acerca del hombre y el perro, me contesta que no, que le encantó, que le dijo que es la parte que más le gustó de la novela. ¿Tus vecinos se enojaron? Una mujer me pregunta por qué siempre hay un muerto en mis novelas, le contesto: Vos también te vas a morir algún día. ¿Es autobiográfica? El Tano Scaglia vive en La Martona, Cañuelas. Leo en una revista que mis vecinos se enojaron. Una escritora me cuenta que otra escritora leía *Las Viudas...* mientras estaba internada en el hospital, poco antes de morir, me acuerdo de ella, había ganado el Premio Planeta el año que yo gané el premio Clarín-Alfaguara; me da una pena infinita. Me encuentro con un ex, me dice que leyó *Las Viudas...*, me pregunta si gana plata con el libro, cuando le respondo, insiste, vuelvo a evadir hablando de porcentajes y precio de tapa, insiste, quiere precisiones, quiere el monto exacto, me harlo, le exagero el importe para que no insista más, me pregunta:

¿Nada más que eso? Sé que algún día escribiré esa escena, modificada por la ficción. La escribo en Betibú. Vieron al Tano Scaglia en un country de la zona de Garín. ¿Tus vecinos se enojaron? Presento el libro en una feria del conurbano, en la primera fila una señora muy simpática asiente con su cabeza a cada cosa que digo, se la ve atenta, entretenida, al cierre de la charla pide la palabra, me pregunta cómo me llamo, y qué libro vine a presentar, me cuenta que está sentada en esa misma silla desde primeras horas de la tarde, no importa qué escritor ingrese a la sala, ella mantiene su sitio, escuchaba atenta, luego pregunta y agradece. Alguien registra en “Marcas y patentes” la marca: “Las viudas de los jueves”. Alguien se queja de que la escena de los amigos jugando al truco la copió de un libro suyo que nunca leí. Alguien hace una película. Cuatro novelas después alguien me para por la calle y me dice: “Leí tu novela”. No hace falta que le pregunte cuál, sé a la que se refiere.

NIELSEN

Gustavo Nielsen nació en Buenos Aires, Argentina, en 1962. Es escritor y arquitecto. Como escritor ha ganado la Primera Bienal de Arte Joven, el Premio Municipal de Literatura y el XIII Premio de Novela Clarín Alfaguara 2011.

Sus cuentos figuran en antologías de Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil, Venezuela, México, España, Suecia, Polonia, Rusia y Alemania, y en revistas y periódicos del país y del exterior. Ha publicado las novelas *La flor azteca* (Planeta, 1997), *El amor*

enfermo (Alfaguara, 2000), *Los monstruos del* (junto a Ana María Shua, Alfaguara Juvenil, 2001), *Auschwitz* (Alfaguara, 2004), *El corazón de Doll* (El Ateneo, 2010) y *La otra playa* (Alfaguara, 2010). Y los libros de cuentos *Playa quemada* (Alfaguara, 1994 e Interzona,

2006), *Marvin* (Alfaguara, 2003), *Adiós, Bob* (Klitzkowsky Publisher, 2006) y *La fe ciega* (Páginas de Espuma, 2008). Escribe notas sobre ciudad y diseño en el suplemento Radar, de *Página/12*, y en Revista *Ñ*. A partir de enero tendrá una columna en *SLT*.



CONTRATAPA

➔ GUSTAVO NIELSEN

El perro que tuvimos

Estaba deprimido, tan deprimido que solamente ansiaba acariciar la cabeza de alguien. “Mejor si es una mascota”, pensé, y me acordé de mi perro de cuando era chico. No estoy seguro de que esto haya pasado así, o si es una idea que vino después, algo inventado. El perro apareció justo debajo de la mesa. Lo reconocí de inmediato. Le dije: “Hola, Yerri”. Él movió la cola cuando le toqué la cabeza. Era igual al caniche que había tenido, por eso le puse ese nombre. Yerri Kent se subió en dos patas para rascarme el pantalón. Por las dudas lo llamé con otros nombres, pero no reaccionó.

Esa noche recordé qué había pasado con el verdadero Yerri Kent. Lo habían agarrado unos gatos salvajes, y lo habían destrozado. Yo tenía siete años cuando pasó. En el sueño, Yerri me seguía hasta la puerta del colegio. Entonces me desperté y el perro estaba a los pies de la cama, mirándome. Con esos ojos.

Yerri era de los perros inteligentes que hacen gracias. El

El perro apareció justo debajo de la mesa. Lo reconocí de inmediato. Le dije: “Hola, Yerri”. Él movió la cola...

muertito, sí, acostarse como una rana, con las patas de atrás extendidas hacia los costados. No eran grandes habilidades para un caniche, pero él las había aprendido. Le gustaban mucho las manzanas, como premio a sus actuaciones. Yo partía una manzana en octavos, sin semillas ni cascara, y se la iba dando a medida que él interpretaba sus personajes. Le acerqué un gajo a mi nuevo perro y no se lo comió.

Salimos juntos a comprar el diario. Compré uno de izquierda,



que cada vez viene más delgado, a diferencia de los diarios capitalistas que no hacen más que engordar. El perro saltó todo el camino de vuelta a casa. Me di cuenta qué era lo que podía querer, doblé el ejemplar en cuartos y se lo puse en la boca. Lo llevó hasta mi sillón de leer. Parecía orgulloso con su misión. En el diario quedó un agujero que se repetía en todas las páginas, provocado por su colmillo.

El primer día dormió en la puerta de calle, el segundo en la terraza, el tercero en la pieza conmigo. Se escondió detrás de una cortina. Me acordé de que Yerri dormía detrás de las cortinas. Era un juego que hacía: uno lo llamaba y él se hacía el escondido. El juego ponía en evidencia el hecho de que al mejor no existía, ni había existido nunca. Que podía no ser una mascota real, sino nada más que una buena historia.

Probé con otras comidas que me parecieran más amigables. Compré alimento balanceado, la-

tas de preparados de un club canino y carne picada de ternera. El perro estaba —era— inapetente. Le conseguí unos huesos saborizados de marca, que lo alegraron. Los sacaba del plato y se los llevaba a la terraza. En un momento lo seguí y lo vi levantar una pata en el aire, pero sin hacer pis. Después se sentó al borde del cantero de malvones. Era evidente que estaba esperando a que me fuera. No iba a hacer caca, ni comerse el hueso, ni ninguna otra cosa. Ni ladrar. Nunca ladró.

La mañana que lo nombré él me miraba, desde los pies de la cama, con esos ojos. Me desperté tratando de comprender que el perro estaba ahí para salvarme de algo, y los ojos de él, esos ojos, me decían “bueno, te diste cuenta”. Me lo decía su brillo. No me dio miedo. Volví a dormirme y pensé:

—Es mentira lo del perro.

Y después pensé:

—Si estás deprimido, te salva el perro de tu infancia.

Entonces abrí los ojos y no era de día como antes. Estaba oscuro. Encendí la luz. No había perro. Adiviné el bulto detrás de la cortina. Me alegré; fui hasta allí. La descorrí. Estaban todos los huesos apilados, de colores, como para encender una pequeña fogata.

Mi hermana Machi suele venir los viernes, a tomar mate y conversar. Me extrañó que no se acordara de Yerri Kent. El caniche pasaba mucho tiempo con nosotros, de niños. Machi no se acuerda de muchas cosas, porque tiene problemas de amnesia. Qui-

so verlo y le dije que estaba durmiendo en la terraza, al sol. Pero después entré a la cocina a cambiar la yerba y vi a Yerri debajo de la mesada. Los repasadores colgantes le hacían de cortina, y él estaba atrás, entre la cesta de papas y la de cebollas.

—Aquí está, Machi —dije.

Arriba de la mesada había una botella de vino sin destapar, un vaso dado vuelta y el paquete abierto de yerba mate. Busqué una cuchara.

—¿Adónde? —dijo Machi.

—Acá, vení.

Ella entró a la cocina y yo acomodé la bombilla en el mate. Cebé y se lo pasé. Mi hermana me hizo un gesto de mentón, intrigadísima.

—Ahí abajo —señalé.

Nos agachamos como si fuéramos a contemplar a un bebé en sus moisés. Corrí las telas. Mi hermana sorbió el mate hasta que hizo ruido.

—Ahí abajo no hay nada —dijo.

Igual lo sigo teniendo, igual lo quiero. ¿Cómo voy a temerle a mi caniche de la infancia? Me encan-

Igual lo sigo teniendo, igual lo quiero.

¿Cómo voy a temerle a mi caniche de la infancia?

ta que sea así, que aparezca cuando lo necesito, cuando quiero acariciarle la cabeza porque estoy triste, o porque tengo ganas de volver a jugar. No come, no duerme, no ensucia. Le tiro el palito y me lo trae.

En este tiempo raro aprendí muchas cosas. Los dos. Yerri descubrió que ya no necesita fingir, porque sabe que sé. Y yo aprendí que la mascota ideal no es un perro al que queremos, sino el fantasma del perro que tuvimos.

